

Juan 4:46-54 basado en Stoeckhardt, Gnade um Gnade

Juan 4:46 - 54. Basado en Stoeckhardt, Gnade um Gnade.

Hay un antiguo himno en latín y alemán: En medio de la vida estamos en muerte. No es así que podemos pasar una larga vida en paz y tranquilidad, para solamente enfrentarnos con la muerte al final. En cualquier momento, la muerte puede sorprendernos. No respeta ni edad ni condición en la vida. No mueren solamente los ancianos; sino nuestros amigos, nuestros hijos, etc. Y ese hecho echa su sombra también sobre nuestras vidas. No es fácil perder a alguien a quien hemos querido. Crea un vacío, una brecha en nuestra propia vida.

Y lo peor es que nada es predecible. La persona que sale sano y saludable en la mañana puede ser atropellado por un vehículo y encontrarse en el ataúd antes de la noche. Niños que gritan y se ríen y juegan se enferman y mueren. Yo soy relativamente joven,. pero varios de los compañeros de estudios ya han muerto de cáncer, de ataque de corazón, etc. No hay ningún día en que podemos estar absolutamente seguros de que llegaremos a su fin con vida. Y lo peor de todo es que muchas veces parece asunto de puro azar si vivimos o morimos. La reacción de muchos es prohibir de sus mentes el pensamiento de la muerte. Se rebelan contra la muerte. Se ocupan con su trabajo y sus diversiones en un intento frenético de olvidar que algún día tendrán que dejar esta tierra, y que el día bien podría ser hoy. Pero no ayuda. Los recordatorios de la muerte son demasiado insistentes, y un día llegará a su puerta, y no será posible negar su entrada. En mayor o menor grado, el temor de la muerte mantiene en servidumbre a los del mundo.

Nosotros los cristianos, sin embargo, podemos ver la vida y la muerte desde otra perspectiva. Conocemos al Dios vivo, y creemos que es él que tiene en sus manos tanto la muerte como la vida. Creemos en el Señor Jesucristo, el que estuvo muerto y ahora vive para siempre..En Cristo tenemos la segura esperanza de la vida eterna. En él, y por la fe en él, conocemos el camino y conocemos el destino. Por el camino de la vida y la muerte llegamos a la vida eterna.

Nuestro texto nos presenta a Cristo como Señor sobre la vida y la muerte. Cuando el hijo del oficial del rey se encontraba enfermo y al punto de morir, vino a Jesús para pedirle que fuera con él para sanar a su hijo antes que muriera. Jesús le contestó: “Ve, tu hijo vive”. Inmediatamente la muerte tuvo que detener su avance. La enfermedad lo dejó. Aun la muerte es sujeta a la autoridad de nuestro Salvador. Vemos en este texto, luego, a

Cristo, Señor sobre la vida y la muerte. I. Todos vivimos y nos morimos según la voluntad del Señor; II. Y por medio de la muerte entramos en la vida eterna.

Cristo es Señor sobre la vida y la muerte. Ni la muerte puede resistir el poder de la palabra de Jesús. Cristo de esta manera revela, como en todos sus milagros, que es el Hijo del Dios viviente. El padre tiene vida en sí mismo, y le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. Como el que es fuente de la vida, luchó con la muerte. Atacó a la muerte en su misma raíz, que es el pecado. Vino al mundo para expiar el pecado y destruir el poder de la muerte sobre los hombres. Con su inocente muerte pagó el precio de los pecadores; nos redimió del poder y de la maldición de la muerte. Y ahora está exaltado al trono celestial, y todo, inclusive la muerte, ha sido puesto debajo de sus pies. Todo lo controla ahora en beneficio de sus creyentes, de su iglesia, para que tenga que servir sus propósitos salvadores.

Aún la vida y la muerte tienen que servir esos propósitos de salvación. Cuando la muerte tuvo que detener su avance y la enfermedad tuvo que dejar al hijo del oficial del rey, fue para que ese noble y su familia se fortalecieran en la fe, y así obtuvieran la eterna salvación. “Y creyó, con toda su casa”.

El Señor tiene el mismo poder hasta hoy. Cuando sirve los buenos propósitos del Señor, aún puede salvar de la muerte a los suyos. Pablo, el apóstol, frecuentemente estuvo en peligro mortal, pero el Señor lo libró para seguir su ministerio. Lutero estuvo cerca de la muerte en 1537. Él y todos sus colegas pensaban que iba a morir. Pero recobró su salud y siguió activo casi una década más. Tuve un compañero de cuarto que tuvo una enfermedad incurable y pasó momentos críticos en que los mismos doctores habían abandonado toda esperanza. Pero el Señor escuchó nuestras oraciones; lo mantuvo con vida y trabajó unos 10 años como pastor hasta que el Señor lo llamó a su lado en el cielo. Aún hoy, en medio de los mayores peligros, si el Señor dice, tú vivirás, o tu hijo vivirá, o tu esposa vivirá, la muerte tendrá que detenerse, tendrá que reconocer la autoridad superior de Cristo, y dejar en vida a la persona en cuestión. Nuestros tiempos están en las manos del Señor.

Pero también cuando viene la muerte, eso está en las manos del Señor. Él fija también la hora para que cada uno de nosotros salgamos de esta vida terrenal. Y al hacerlo, también en eso está llevando a cabo sus amorosos propósitos de salvación. Moisés, el hombre de Dios, después de guiar a los hijos de Israel al borde de la tierra prometida, fue llamado por Dios a subir el monte Nebo para morir, y así entrar en la presencia de su Señor. Pedro escribe que el Señor le había revelado que el tiempo de su partida estaba cerca. El Cristiano sabe que cuando llegue el

momento de su muerte, no es una derrota, no es por azar. Es el Señor que lo llama, y llega a la presencia de su Señor, donde cantará siempre las alabanzas de su Redentor. Su tarea y su carrera terrenal se han terminado, y ha llegado a la vida eterna. Podemos atribuir la muerte de un cristiano a muchas causas terrenales, las enfermedades, los accidentes, aun la incompetencia de un médico, o la falta de recursos para encontrar el remedio, pero todo está en las manos de un Señor que nos ha redimido, y que usa esos medios para llamarnos a su presencia.

II. Cristo es el Señor de la vida y de la muerte. Los que creen en Cristo viven y mueren según su voluntad. Pasan por el camino de esta vida y llegan a la vida eterna. La meta y el fin de toda esta vida terrenal es la vida eterna.

Cristo vive y reina en su iglesia. Todo lo que hace a los cristianos hoy día también tiene un propósito, que creamos, que nos fortalezcamos en la fe, que perseveremos, que seamos preservados y salvados por la fe. Cuando Cristo hizo sus milagros, cuando sanó a enfermos, cuando llamó a los muertos a la vida, su propósito era que Israel lo reconociera como el Señor de la vida y la muerte y se diera cuenta de por qué había venido: para dar a los hombres el don de Dios, la vida eterna. Cristo por su muerte nos redimió de la maldición de la muerte. Detrás del pecado y la muerte temporal estaba el espectro de la muerte eterna, de la pena del infierno. Pero Cristo al sufrir la muerte nos redimió del pecado, de la muerte, del infierno. Cristo resucitó y trajo a la luz la vida y la inmortalidad. La vida que él da ahora a los pecadores es la verdadera vida, la única vida realmente digna del nombre, la vida eterna, la vida que no termina, la vida con Dios. La vida terrenal de los cristianos es solamente el camino, la muerte temporal se ha convertido ya en la puerta para la vida eterna.

Cuando Cristo ahora permite morir a sus creyentes, cuando los llama de esta vida, les está diciendo: “Vivirás; vivirás eternamente”. Cristo ha puesto fin a todo lo que realmente merece el nombre de muerte. El que cree en él tiene la vida eterna, y nunca morirá. La muerte del cuerpo ha sido convertida por Cristo en la puerta de la vida eterna. Al momento de haber ocurrido, el alma ya se encuentra en el brillo celestial del rostro de Dios; ve a su Dios, y vive y se regocija en su Salvador.

El cuerpo sí se queda, se descompone, se convierte en polvo y ceniza. Pero el alma no está consciente de esto. Toda lágrima fue enjugada de sus ojos. Nada puede estorbar ya su perfecta felicidad. No verá más su cuerpo hasta el día en que es resucitado a la semejanza del mismo cuerpo glorioso de Cristo.

Es cierto que no podemos evitar el momento mismo de la muerte. Y la muerte es dolorosa. Pero Cristo sigue siendo Señor de la vida y de la muerte. Gobierna y reina aún en el momento de morirnos. La usa para transformarnos de esta vida temporal, en donde el rostro de Dios todavía nos es escondido. Primero tenemos que abandonar este mundo, ser arrastrados y desvestirnos completamente de este mundo si vamos a ver a Dios y la herencia celestial. Y con este fin la muerte nos ayuda a abandonar este mundo. Este cuerpo pecaminoso, mortal, primero tiene que ver la corrupción antes de que nuestra carne y sangre se puedan glorificar y llegar a ser completamente espirituales. Y esto ocurre en la muerte. Así la muerte nos ayuda para vida; así Cristo reina en la muerte. Y consolados de esta manera, encomendamos cuerpo y alma en las manos de Cristo. Él es Señor, Señor también de la vida y la muerte, y guía a los suyos por el camino de la vida y la muerte a la vida eterna. Amén.